



PLANCHA

La quería con locura
y siempre iba de ella en pos,
porque era aquella criatura
un angelito de Dios.

Cuando su vista fijaba
en mí, con dulces sonrojos,
mi corazón abrasaba
la esplendidez de sus ojos.

¡Qué sublime gentileza
la de su hermosa figura!
¡Qué cabeza su cabeza!

¡Qué cintura su cintura!
Un día me faltó poco
para hacer un disparate,
y es que me encontraba loco,
pero loco de remate.

Cómo pasó, no lo sé;
el caso es que me atreví,
y al decirle—¿Me ama usted?—
respondióme al punto—Sí—

pasados en Oceanía,
sin conocer desengaños
al pátrio rincón volvía.

La que jamás un momento
llegó en olvido á caer,
seguía en mi pensamiento
como en las horas de ayer,

“¡Voy á verla! ¡Al cabo toco
la ventura que soñé!”
Pensando así, como un loco
llegué á su puerta y llamé.

Verme y ponerse encendida
fue lo mismo, claro está;
la sorprendió mi venida
y á cualquiera se le dá.

Solo una cosa observé,
que á otro hubiera preocupado,
y fue, que al entrar, me hallé
con un extraño á su lado.

Pero era tanto mi amor
y tan firme y tan profundo,
que encontré aquello, lector,
lo más natural del mundo.

Avancé con alegría,
y... aún me hace el caso temblar.



Al decir—¡Ya llegó el día
en que te vuelvo á encontrar!—

El un rugido lanzando
que me hizo retroceder,
—¡Oiga!—gritó—¿y desde cuando
conoce usted á mi mujer?

Ramón Blasco Segado.



Desde entonces enlazando
esperanzas ó ilusiones,
fuimos las horas pasando
como... dos bobalicones.

¡Qué bien todo á amar convida,
y qué feliz es cualquiera
cuando se halla de la vida
en la alegre primavera!

Después de unos cuantos años

